

mes, y sobre todo, en la calle de Alcalá en donde fué muerto el general francés Bruyere. Castelar en tanto respondió á la segunda intimacion pidiendo una suspension de armas durante el dia 3 para consultar á las demas autoridades y ver las disposiciones del pueblo, sin lo cual nada podia resolver definitivamente. Eran las doce de la mañana cuando llegó esta respuesta al cuartel general frances, é invadido ya el Retiro, desistió Napoleon de proseguir en el ataque, prefiriendo á sus contingencias el medio mas suave y seguro de una capitulacion. Pero para conseguirla, mandó al de Neufchatel que diese á Castelar una réplica amenazadora diciendo: „In-
„mensa artillería está preparada contra la villa,
„minadores se disponen para volar sus principales
„edificios. . . . las columnas ocupan la entrada de
„las avenidas. . . . mas el emperador siempre gene-
„roso en el curso de sus victorias, suspende el ata-
„que hasta las dos. Se concederá á la villa de Ma-
„drid proteccion y seguridad para los habitantes pa-
„cíficos, para el culto y sus ministros, en fin, olvi-
„do de lo pasado. Enarbólese bandera blanca ántes
„de las dos, y envíense comisionados para tratar.“

Conferencia
de Morla con
Napoleon.

La junta establecida en correos mandó cesar el fuego, y envió al cuartel general frances á Don Tomas de Morla y á Don Bernardo Iriarte. Avocáronse estos con el príncipe de Neufchatel, quien los presentó á Napoleon: vista que atemorizó á Morla, hombre de corazon pusilánime, aunque de fiera y africana figura. Napoleon le recibió ásperamente

Echóle en cara su proceder contra los prisioneros franceses de Bailen, sus contestaciones con Dupont, hasta le recordó su conducta en la guerra de 1793 en el Rosellon. Por último dijo: „Vaya usted á
„Madrid, doy de tiempo para que se me responda de
„aquí á las seis de la mañana. Y no vuelva usted
„sino para decirme que el pueblo se ha sometido.
„De otro modo usted y sus tropas serán pasados
„por las armas.“

Demudado volvió á Madrid el general Morla, y embarazosamente dió cuenta á la junta de su comision. Tuvo que prestarle ayuda su compañero Iriarte, mas sereno aunque anciano y no militar. Hubo disenso entre los vocales: prevaleció la opinion de la entrega. El marques de Castelar no queriendo ser testigo de ella, partió por la noche, con la poca tropa que habia, camino de Extremadura. También y ántes el vizconde de Gante que mandaba la puerta de Segovia salió subrepticamente del lado del Escorial en busca de San Juan y Heredia.

Capitulacion.

A las seis de la mañana del 4 Don Tomas de Morla y el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja pasaron al cuartel general enemigo con la minuta de la 1.ª capitulacion. Napoleon la aprobó en todas sus partes con cortísima variacion, si bien se contenian en ella artículos que no hubieran debido entrar en un convenio puramente militar.

El general Belliard despues de las diez del mismo dia, entró en Madrid y tomó sin obstáculo posesion de los puntos principales. Solo en el nuevo cuartel

de guardias de Corps se recogieron algunos con ánimo de defenderse, y fué menester tiempo y la presencia del corregidor para que se rindieran.

Silencioso quedó Madrid despues de la entrega, y contra Morla se abrigaba en el pecho de los habitantes odio reconcentrado. Tacháronle de traidor, y confirmáronse en la idea con verle pasar al bando enemigo. Solo hubo de su parte falta de valor y deshonoroso proceder. Murió años adelante ciego, lleno de pesares, aborrecido de todos.

Consiguióse con la defensa de Madrid si no detener al ejército frances, por lo ménos probar á Europa que á viva fuerza y no de grado se admitía á Napoleon y á su hermano. Respecto de lo cual, oportuna aunque familiarmente decia Mr. de Pradt, capellan mayor del emperador, primero obispo de Poitiers, y despues arzobispo de Malinas, „que Jo-„sé habia sido echado de Madrid á puntapiés y re-„cibido á cañonazos.”

El 6 se desarmó á los vecinos, y no se tardó en faltar á la capitulacion, esperanza de tantos hombres ciegos y sobradamente confiados. Dieron la señal de su quebrantamiento los decretos que desde Chamartin y á fuer de conquistador empezó el mismo dia 4 á fulminar Napoleon, quien arrojando todo embozo, y sin mentar á su hermano, mostróse como señor y dueño absoluto de España.

Fué el primero contra el consejo de Castilla. Decíase en su contexto que por haberse portado aquella corporacion con *tanta debilidad como superche-*

Fáltase á la capitulacion.

Decretos de Napoleon en Chamartin.

ria, se destituian sus individuos, considerándolos *cobardes é indignos de ser los magistrados de una nacion brava y generosa*. Quedaban ademas detenidos en calidad de rehenes: por cuyo decreto el artículo 6.º de la capitulacion con afán apuntado por los del consejo, y segun el cual debian conservarse „las leyes, costumbres y tribunales en su actual „constitucion,” se barrenaba y destruia.

Siguiéronse á este el de la abolicion de la inquisicion, el de la reduccion de conventos á una tercera parte, el de la extincion de los derechos señoriales y exclusivos, y el de poner aduanas en la frontera de Francia. Varios de estos decretos reclamados constantemente por los españoles ilustrados, no dejaron de cautivar al partido del gobierno intruso ciertos individuos enojados con los primeros pasos de la central, dando á otros plausible pretexto para hacerse tornadizos.

Mas semejantes resoluciones de suyo benéficas, aunque procedentes de mano ilegítima, fueron acompañadas de otras crueles é igualmente contrarias á lo capitulado. Se cogió y llevó á Francia á Don Arias Mon, decano del consejo, y á otros magistrados. El príncipe de Castelfranco, el marques de Santa Cruz del Viso y el conde de Altamira, ó sea de Trastamara, comprendidos en el decreto de proscripcion de Burgos, fueron tambien presos y conducidos á Francia, conmutándose la pena de muerte en la de perpetuo encierro, sin embargo de que por los artículos primero, segundo y tercero de la capi-

Españoles llevados á Francia.

tulacion se aseguraba la libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos, militares y empleados de Madrid. Igual suerte cupo en un principio al duque de Sotomayor, de que le libró especial favor. Estuvo para ser mas rigurosa la del marques de San Simon, emigrado frances al servicio de Espana: fué juzgado por una comision militar, y condenado á muerte, habiendo defendido contra sus compatriotas la puerta de Fuencarral. Las lágrimas y encarecidos ruegos de su desconsolada hija alcanzaron gracia, limitándose la pena de su padre á la de confinacion en Francia.

Visitan Napoleón el palacio real.

Napoleon permanecia en Chamartin, y solo una vez y muy de mañana atravesó á Madrid y se encaminó á palacio. Aunque se le presentó suntuosa la morada real, segun sabemos de una persona que le acompañaba, por nada preguntó con tanto anhelo como por el retrato de Felipe II: detúvose durante algunos minutos delante de uno de los mas notables, y no parecia sino que un cierto instinto le llevaba á considerar la imagen de un mocarca que si bien en muchas cosas se le desemejaba, coincidia en gran manera con él en su amor á exclusiva, dura é ilimitada dominacion, así respecto de propios como de extraños.

Su inquietud.

La inquietud de Napoleon crecia segun que corrian dias sin recoger el pronto y abundante esquilmo que esperaba de la toma de Madrid. Sus correos comenzaban á ser interceptados, y escasas y tardías eran las noticias que recibia. Los ejércitos

españoles si bien deshechos, no estaban del todo aniquilados, y era de temer se convirtiesen en otros tantos núcleos, en cuyo derredor se agrupasen oficiales y soldados, al paso que los franceses teniendo que derramarse enflaquecian sus fuerzas, y aun desaparecian sobre la haz espaciosa de España. En las demas conquistas dueño Napoleon de la capital, lo habia sido de la suerte de la nacion invadida: en esta ni el gobierno ni los particulares, ni el mas pequeño pueblo de los que no ocupaba se habian presentado libremente á prestarle homenaje. Impacientábale tal proceder, sobre todo cuando nuevos cuidados podrian llamarle á otras y lejanas partes. Mostró su enfado al corrégidor de Madrid que el 16 de diciembre fué á Chamartin á cumplimentarle y á pedirle la vuelta de José segun se habia exigido del ayuntamiento: díjole pues Napoleon que por los derechos de conquista que le asistian podia gobernar á España nombrando otros tantos vireyes cuantas eran sus provincias. Sin embargo añadió, que consentiria en ceder dichos derechos á José, cuando todos los ciudadanos de la capital le hubieran dado pruebas de adhesion y fidelidad por medio de un juramento „que saliese no solamente de „la boca, sino del corazon, y que fuese sin restriccion jesuítica.”

Contestacion al corrégidor de Madrid.

Sujetóse el vecindario á la ceremonia que se pedia, y no por eso trataba Napoleon de reponer á José en el trono, cosa que á la verdad interesaba poco á los madrileños, molestados con la presencia

Juramento exigido de los vecinos.

de cualquiera gobierno que no fuera el nacional. El emperador habia dejado en Burgos á su hermano, quien sin su permiso vino y se le presentó en Chamartin, donde fué tan mal recibido, que se retiró á la Monclova y luego al Pardo, no gozando de rey sino escasamente la apariencia.

Van los mariscales franceses en persegimiento de los españoles.

Mas que en su persona ocupábase Napoleon en averiguar el paradero de los ingleses, y en disipar del todo las reliquias de las tropas españolas. El 8 de diciembre llegó á Madrid el cuerpo de ejército del duque de Dantzick, y con diligencia despachó Napoleon hácia Tarancon al mariscal Bessieres, dirigiendo sobre Aranjuez y Toledo al mariscal Victor y á los generales Milhaud y Lasalle.

Total dispersion del ejército de San Juan.

Por este lado y la vuelta de Talavera se habia retirado Don Benito San-Juan, quien despues de haber recogido en Segovia dispersos, y en union con Don José Heredia, se habia apostado en el Escorial ántes de la entréga de Madrid. Pensaban ir ambos generales al socorro de la capital, y aun instados por el vizconde de Gante, que con aquel objeto, segun vimos, habia ido á su encuentro, se pusieron en marcha. Acercábanse, cuando esparcida la voz de estar muy apretada la villa y otras sinietras, empezó una dispersion horrorosa, abandonando los artilleros y carreteros cañones y carruages. Comenzó por donde estaba San Juan, cundió á la vanguardia que mandaba Heredia, y ni uno ni otro fueron parte á contenerla. Algunos restos llegaron en la madrugada del 4 casi á tocar las puertas de

Madrid, en donde noticiosos de la capitulacion, sueltos y á manera de bandidos, corrieron como los primeros, asolando los pueblos y maltratando á los habitadores hasta Talavera, punto de reunion que fué teatro de espantosa tragedia.

Habituados á la rapiña y al crimen las mal llamadas tropas, pesábales volver á someterse al orden y disciplina militar. Su caudillo Don Benito San-Juan, no era hombre para permitir mas tiempo la holganza y los excesos encubiertos bajo la capa del patriotismo, de lo cual, temerosos los alborotadores y cobardes, difundieron por Talavera que los gefes los habian traidoramente vendido. Con lo que apandillándose una banda de hombres y soldados desalmados, se metieron en la mañana del 7 en el convento de Agustinos, y guiados por un furibundo fraile, penetraron en la celda en donde se albergaba el general San Juan. Empezó este á arengarlos con serenidad, y aun á defenderse con el sable, no bastando las razones para aplacarlos. Desarmáronle, y viéndose perdido, al querer arrojarle por una ventana, tres tiros le derribaron sin vida. Su cadáver despojado de los vestidos, mutilado y arrastrado, le colgaron por último de un árbol en medio de un paseo público, y así expuesto, no satisfechos todavía, le acribillaron á balazos. Faltan palabras para calificar debidamente tamaña atrocidad, ejecutada por soldados contra su propio gefe, y promovida y abanderizada por quien iba revestido del hábito religioso.

Muerte cruel de este general.

Ejército del
centro. Sus
marchas y re-
turada á Cuen-
ca.

No tan relajado, aunque harto decaído, estaba por el lado opuesto el ejército del centro. El hambre, los combates, el cansancio, voces de traición, la fuga, el mismo desamparo de los pueblos, uniéndose á porfía y de tropel, habían causado grandes claros en las filas. Cuando le dejamos en Sigüenza, estaba reducido su número á 8000 hombres casi desnudos. Mas sin embargo, determinaron los gefes cumplir con las órdenes del gobierno, é ir á reforzar á Somosierra. Empezó la infantería su ruta por Atienza y Jadraque, y la artillería y caballería en busca de mejores caminos, tomaron la vuelta de Guadalajara siguiendo la izquierda del Henares. No tardaron los primeros en variar de rumbo, y caminar por donde los segundos con el aviso de Castelar, recibido en la noche del 1.º al 2 de diciembre, de haber los enemigos forzado el paso de Somosierra. Continuando pues todo el ejército á Guadalajara, la 1.ª y 4.ª division entraron por sus calles en la noche del 2 junto con la artillería y caballería. Casi al propio tiempo llegó á dicha ciudad el duque del Infantado; y el 3, avisándose con La Peña y celebrando junta de generales, se acordó: 1.º Enviar parte de la artillería á Cartagena, como se verificó; y 2.º, dirigirse con el ejército por los altos de San Torcaz, pueblecito á dos leguas de Alcalá y á su oriente, y extenderse á Arganda, para que desde aquel punto, si ser pudiera, se metiese la vanguardia con un convoy de víveres por la puerta de Atocha. En la marcha tu-

vieron noticia los gefes de la capitulación de Madrid, y obligados por tanto á alejarse, resolvieron cruzar el Tajo por Aranjuez y guarecerse de los montes de Toledo. Plan demasiadamente arriesgado, y que por fortuna estorbó con sus movimientos el enemigo sin gran menoscabo nuestro. Caminaron los españoles el 6, y descansaron en Villarejo de Salvanés. Allí les salió al encuentro Don Pedro de Llamas, encargado por la central de custodiar con pocos soldados el punto de Aranjuez, que acababa de abandonar forzado por la superioridad de fuerzas francesas. Interceptado de este modo el camino, se decidieron los nuestros á retroceder y pasar el Tajo por las barcas de Villamanrique, Fuentidueñas y Estremera, y abrigándose de las sierras de Cuenca, sentar sus reales en aquella ciudad, parage acomodado para repararse de tantas fatigas y penalidades. Así y por entónces se libraron las reliquias del ejército del centro, de ser del todo aniquiladas en Aranjuez por el mariscal Victor, y en Guadalajara por la numerosísima caballería de Bessieres, y el cuerpo de Ney que entró el 6 viniendo de Aragon. No hubo sino alguno que otro reencontro, y haber sido acuchillados en Nuevo-Bastan los cansados y zagueros.

A los males enumerados y al encarnizado seguimiento del enemigo, agregáronse en su marcha al ejército del centro discordias y conspiraciones. El 7 de diciembre, estando en Belinchon el cuartel general, se mandó ir á la villa de Yebra á la 1.ª y 4.ª

Rebelion de 1
oficial Santa.
go.

division que regia entónces el conde de Villariego. A mitad del camino y en Mondéjar, Don José Santiago, teniente coronel de artillería, el mismo que en mayo fué de Sevilla para levantar á Granada, se presentó al general de las divisiones diciéndole, que estas en vez de proseguir á Cuenca, querian retroceder á Madrid para pelear con los franceses, y que á él le habian escogido por caudillo; pero que suspendia admitir el encargo hasta ver si el general, aprobando la resolucion, se hacia digno de continuar capitaneándolos. Rehusó Villariego la inesperada oferta, y reprendiendo al Santiago, encomendóle contener el mal espíritu de la tropa: singular conspirador y singular gefe. La artillería, como era de temer, en vez de apaciguarse, se apostó en el camino de Yebra, y forzó á la tropa que iba á continuar su marchá á volver atras. Intentó Villariego arengar á los sublevados que aparentaron escucharle, mas quiso que de nuevo prosiguiesen su ruta; y gritando unos á *Madrid*, y otros á *Despeñaperros*, tuvo que desistir de su empeño y despachar al coronel de Pavía, principe de Anglona, para que informase de lo ocurrido al general en gefe, el cual creyó prudente separar la infantería y alejarla de la caballería y artillería. Los peones, dirigiéndose á Illana, debian cruzar el vado y barcas de Maquilon; los ginetes y cañones con solos dos regimientos de infantería, Ordenes y Lorca, las de Estremera: mandando á los primeros el mismo Villariego, y á los segundos Don Andres

de Mendoza. Ciertas precauciones y la repentina mudanza en la marcha, suspendieron algun tiempo el alboroto: mas el dia 8, al querer salir de Tarancón, encrespóse de nuevo, y sin rebozo se puso Santiago á la cabeza.

Pareciéndole al Mendoza que el carácter y respetos del conde de Miranda, comandante de carabineros reales, que allí se hallaba, eran mas acomodados para atajar el mal que los que á su persona asistian, propuso al conde, y este aceptó, substituirle en el mando. Llamado Don José Santiago por el nuevo gefe, retúvole este junto á su persona; y hubo vagar para que adoptadas prontas y vigorosas providencias, se continuase, aunque con trabajo, la marcha á Cuenca. El Santiago fué conducido á dicha ciudad, y arcabuceado despues en 12 de enero con un sargento y cabo de su cuerpo.

Mas el mal habia echado tan profundas raices, y andaban las voluntades tan mal avenidas, que para arrancar aquellas y aunar estas, juzgó conveniente Don Manuel La Peña celebrar un consejo de guerra en Alcázar de Huete, y desistiéndose del mando, proponer en su lugar por general en gefe al duque del Infantado. Admitióse la propuesta, consintió el duque, y aprobólo despues la central, con que se legitimaron unos actos que solo disculpaba lo árduo de las circunstancias.

La mayor parte del ejército entró en Cuenca en 10 de diciembre. Mas remisa estuvo, y llegó en desórden la 2.ª division al mando del general Gri-

Nómbrase
por general
en gefe al du-
que del Infan-
tado.

marest, que fué atacada en Santa Cruz de la Zarza en la noche del 8, y ahuyentada por el general Mont-Brun. Y el terror y la indisciplina fueron tales, que casi sin resistencia corrió dicha division precipitadamente y á la primera embestida camino de Cuenca.

En esta ciudad, reunido el ejército del centro y abrigado de la fragosa tierra que se extendia á su espalda, terminó su retirada de 86 leguas, emprendida desde las faldas del Moncayo, memorable sin duda, aunque costosa; pues al cabo, en medio de tantos tropiezos, reencuentros, marchas y contramarchas, escaseces y sublevaciones, salvóse la artillería y bastante fuerza, para con su apoyo formar un nuevo ejército, que combatiendo al enemigo ó trabajándole, le distrajese de otros puntos, y contribuyese al bueno y final éxito de la causa comun.

Descansaban pues y se reponian algun tanto aquellos soldados, cuando con asombro vieron el 16 entrar por Cuenca una corta division que se contaba por perdida. Recordará el lector como despues del acontecimiento de Logroño, incorporada la gente de Castilla en el ejército de Andalucía, se formó una vanguardia de 4000 hombres al mando del conde de Cartaojal, destinada á maniobrar en la sierra de Cameros. El 22 de noviembre, segun orden de Castaños, se habia retirado dicho gefe por el lado de Agreda á Borja, y despues de una leve refriega con partidas enemigas, prosiguiendo á Calatayud, se habia allí unido al grueso del ejérci-

Conde de Alacha. Su retirada gloriosa.

to, de cuya suerte participó en toda la retirada. Mas de este cuerpo de Cartaojal quedó el 21 en Nalda, separado y como cortado un trozo á las órdenes del conde de Alacha.

No desanimándose ni los soldados ni su caudillo, aconsejado de buenos oficiales al verse rodeados de enemigos, y ellos en tan pequeño número, emprendieron una retirada larga, penosa y atrevida. Por espacio de veinte dias acampando y marchando á dos y tres leguas del ejército frances, cruzando empinados montes y erizadas breñas, descalzos y casi desnudos en estacion cruda, apenas con alimento, desprovistos de todo consuelo, consiguieron, venciendo obstáculos para otros insuperables, llegar á Cuenca conformes y aun contentos de presentarse no solo salvos, sino con el trofeo de algunos prisioneros franceses. Tanta es la constancia, sobriedad é intrepidez del soldado español bien capitaneado.

Pero la estancia en Cuenca del ejército del centro, si bien por una parte le daba lugar para recobrar y le ponía mas al abrigo de una acometida, por otra dejaba á la Mancha abierta y desamparada. Es cierto que sus vastas llanuras nunca hubieran sido bastantemente protegidas por las reliquias de un ejército, á cuya caballería no le era dado hacer rostro á la formidable y robusta de las huestes enemigas. Así fué que el mariscal Victor, sentando ya en 11 de diciembre su cuartel general en Aranjuez y Ocaña, desparramó por la Mancha baja gruesas partidas que se proveian de vituallas en

La Mancha.